



PAULINE DREYFUS

Son cosas que pasan

ANAGRAMA. 16,90 €

► París, 1945. En la iglesia de Saint-Pierre-de-Chaillot, ubicada en uno de los barrios más elegantes de la ciudad, se celebra un funeral. La difunta es la princesa Natalie de Lusignan, duquesa de Sorrente, que ha fallecido demasiado joven. Ante los asistentes, el joven sacerdote loa a la muerta como esposa, madre y cristiana ejemplar. ¿Lo fue? La guerra y la ocupación nazi supusieron una dura prueba para todos los franceses, también para la clase más privilegiada, que creía poder seguir viviendo aislada de las miserias del mundo.

Cristóbal Polo, poesía para volver a la poesía

Poesía

POR LUCAS MARTÍN

■ En esto de la poesía, afición pastueña y al mismo tiempo bronca, existe un gran malentendido técnico que no deja de producir hastío y desalentar a los pocos lectores que todavía conservan la agudeza y el buen juicio social de no declararse practicantes. La charlatanería dogmática, la falta de interés y el provincianismo pandillero y *freak* de muchos de sus escritores han provocado lo que siempre provoca el mundillo cultural cuando se vuelve grosero y estéril: que la gente desaparezca y se deje de lado en las auditorías lo que verdaderamente distingue e importa. Da igual, en el fondo, que un poema sea mineral o acuático, de parque o de jardín, con esquinas que no hacen pie o toco. El tema es complejo, aunque quizá baste con decir que lo único que no se admite es que sea malo, que no tiemble, que aburra, que se agote.

En España nos hemos acostumbrado con absoluta rapidez a indolencia a este tipo de poesía acomodada, predecible, muy a menudo de ingenio de sobremesa, que arrastra en su morral el mismo pecado de la generación LOGSE, la confusión cínica entre la ramplonería a conciencia y la necesidad de acercar a todo el mundo a los libros, que no iba por ahí, por ese flanco, sino por el contrario, el de la educación y la mejora de la enseñanza. Faltan por aquí poetas de ambición universal, diferentes, y, sobre todo, cultos, entendiendo por «poesía culta» lo que señalaba T. S. Elliot, que era justamente lo contrario a la pedantería, la conciencia fina y musical del género, con lo bueno y lo malo, de su historia. Disgregado y múltiple, surgiendo por aquí y por allá, entre silencios y variaciones de su propio nombre, el autor Cristóbal Polo, antes conocido como Cristof Polo, es de los pocos que consigue afirmarse en ese rara y luminosa competencia. Y, además, sin brusquedades, manteniendo el lenguaje a raya y al mismo tiempo siempre en el precipicio de su voluptuosidad, de sus posibilidades expresivas ilimitadas. Algo que al lector más avisado le sonará de las imágenes de su volumen de narrativa, *Cuentos premonitorios*, y, que, ahora, se agudiza con *Tumba común* (Gravitaciones), el centro de un proyecto artístico singular que incluye rodajes en Super 8 y fotografías tomadas con una estenopeica de propia factura, hecha con una caja de cerillas (tumbacomun.com).

En *Tumba Común*, que se acompaña en la edición con algunas de estas imágenes, no hay malabarismos ni poemas con chistecico final al fondo. Es un libro espectacular, de



El poeta Cristóbal Polo.

principio a fin, de los que no admiten medias tintas ni consideraciones burguesas. Contiene auténticas joyas envueltas en caparazones de prosa, músicas perfectamente ensambladas llegadas de cualquier tradición, de cualquier arte, de la voz coloquial, de giros filosóficos. Por todas partes fluyen metáforas que conducen al asombro, a paisajes amplios y desolados. Perfectamente recortables, con valor autónomo y a la vez formando un todo. Cristóbal Polo es uno de esos escasísimos autores en los que la vinculación a la tierra, a la naturaleza, convive fácilmente con lo indeterminado y válido para cualquier lugar y para cualquier lector, un escritor que suena tan moderno como genesiaco, que a veces parece oriental, otras beckettiano, fácil y difícil a la vez. Escrito en su mayor parte en Lituania, la *Tumba común* inventada por el poeta es una tumba en la que el paisaje permea, aflora, pedregoso y níveo, convertido en un mapa de símbolos, de alerta, de misterio. De Joyce, de su *Ulises*, de Cervantes, siempre se ha elogiado la capacidad para asimilar los prodigios del habla, del lenguaje vivo y nada oxidado mezclado con la imaginación libresca; mucho de eso hay en Cristóbal Polo, pero entendiendo por tradición la expresividad del mito, de la aspiración trascendente desde dentro de la desolación contemporánea e individual. Una estenopeica, con luz manchada, luz nada prosaica pero sin solemnidades, belleza y melancolía, la extraña poesía de siempre, de todos sitios, intemporal: «*Los territorios que se alejan hacia el cuaderno /van despoblándose de moscas. / Las moscas siguen la dirección contraria al frío. / También sus garabatos se opacan / se vuelven más lentos al oído. / La tarde se apaga. / Las pantallas parpadean en medio de todo ese silencio. / Su madre, que aún le ve/ le habla de las avenidas desiertas.*»

Antonio Ortuño

Ganador del Ribera del Duero. El escritor mexicano ha sido el galardonado en la quinta edición de este premio convocado por Páginas de Espuma con su obra *La vana ambición*.

«Escribir es sobreponerse continuamente a la frustración»

► «La gran herencia de Joyce es que el hombre común es un Aquiles»

Guillermo Busutil
MADRID



■ El premio, todos los premios. Nos sirve Cortázar para definir el Ribera de Duero, que convocan la editorial Páginas de Espuma y el Consejo regulador de la denominación de origen, como el galardón con el que cualquier escritor de cuantos desea brindar. Su literatura en alto, y 50.000 euros en bandeja. En su V edición, a la que se han presentado 800 ejemplares de 35 países, un autor de Guadalajara, México, descendiente de inmigrantes, forofó del Chivas y del Atlético de Madrid, y reconocido dentro del género por su talento, ha sido el ganador. De su libro *La vana ambición*, Almudena Grandes, presidente del jurado dijo que era «conmovedor, divertido, un libro en el que reconocerse como escritor». Y Antonio Ortuño transmitiendo bonhomía, paciencia y mirada inteligente sonreía feliz, celebrando con un recuerdo al abuelo que se salvó de morir en la batalla del Ebro al acudir al parto de su mujer y del que nació la hija a la que sólo hizo llorar el estallido de una bomba. La memoria, lo que le contarán, su manera de ver las cosas, lo que ha experimentado, la nacionalidad, y lo que imagina son los ingredientes de su obra, entre la que destacan *La señora Rojo*, *El jardín japonés* y las novelas *México* y *El Rastro*.

► ¿Los seis relatos de *La vana ambición* juegan con la vida como literatura?

■ Es una ficción insuflada por el profundo sentimiento de absurdo que envuelve el ego, las ambiciones, los problemas, la inspiración, lo sublime, los codazos, la supuesta necesidad del escritor de ponerse de acuerdo consigo mismo. Y desde esa mirada hago la sátira de mi propia vida como un pretexto para desacralizar esa ficción meta literaria de la vocación y la supervivencia del escritor que es muy formulasca. La vida de uno mismo puede ser buen material pero nunca mito.

► El jurado del premio, Almudena Grandes, Sara Mesa y Juan Bonilla, han resaltado su escritura como incertidumbre y emoción. ¿Así la concibe?

■ Escribir es muchas cosas: un medicamento, una tabla de salvación, un ajuste de cuentas con uno mismo y sus sombras. Escribir es sobreponerse continuamente a la frustración para crearle al lector una expectativa de placer. Y para conseguirlo uno tiene que dialogar y pelearse con la conciencia de sí mismo, la conciencia del lenguaje y su conciencia del mundo. Una narración no es sólo un dispositivo intelectual, es también un dispositivo sensorial que afecta a las emociones de quién la



DANIEL MORDZINSKI

Antonio Ortuño.

lee. Me gusta que un libro y su lectura me excite, me deprima, me perturbe. Los mejores son aquellos que he terminado de leer de pie.

► En la naturaleza de la escritura contempla usted también su posibilidad de catarsis?

■ En ese sentido escribir es una negociación con el pasado, desde una posición terapéutica y también bélica, a la vez que la intuición de las posibilidades que pueden suceder. Yo suelo dar largas caminatas, y hacer pocos días al hacerlo pasé por delante del templo donde están las cenizas de mi madre y sentí que mi vida paseaba ante mí. No sé muy bien porqué pero en ese momento supe que mi libro iba a ganar este premio.

► En gran medida *La vana ambición* es un homenaje a ella.

■ Restañar la herida de la pérdida es el corazón del libro. Un homenaje a mi madre que fue una gran lectora de Lorca y que escribía poemas para sí misma. Tengo también un hermano, Ángel Ortuño, que es un conocido poeta. Ella escribía en la Remington negra de mi abuelo, la misma en la que yo también empecé a hacerlo. Ella hizo que leer y escribir fuese muy fácil para mí.

► En sus cuentos está muy presente la épica pequeña de la vida cotidiana y sus héroes imposibles.

■ La gran herencia de Joyce es que el hombre común es un Aquiles. Me interesan los personajes que no son héroes perfectos ni admirables, que son más parecidos a lo que somos en realidad: personas cercanas a la vileza y a los naufragios personales más que al heroísmo. Me atrae su humanidad y que en un momento inesperado se crezcan ante la adversidad. Mis héroes no son los griegos, son kamikazes víctimas de sus propias decisiones.

Grande, afable, Antonio Ortuño nos invita a beber su literatura, despacio, con deleite, brindando por las emociones que nos explican y enseñan a pensar con humor el mundo, la vida, a nosotros mismos.